

LVI-150/02/49

Dr. D. José Tudurí Moll, Pbr.

LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA
CONTEMPLANDO
EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO

SM
C^a2
49



Ciudadela de Menorca

1917



1055397

SM C*2 49

La Comunión Eucarística

CONTEMPLANDO

El Nacimiento de Jesucristo



Nuestro deseo, al publicar este librito, es que los fieles lo usen con frecuencia y aún mejor todos los días del año, tanto para la Comunión, como para la Santa Misa. El Possebre y el Sagrario, según todos los escritores ascéticos, tienen, entre sí, marcadísima relación y el misterio del Nacimiento de Cristo, tan lleno de singulares atractivos para el alma creyente, es muy a propósito para despertar, en quien lo contempla, sentimientos de amor y devoción, cual convienen para recibir dignamente, a Jesús Sacramentado. ¡Navidad y Eucaristía! medítalas juntamente y medítalas cada día, lector devoto. Así comulgarás con fruto, y asistirás, con devoción, al Santo Sacrificio.

El Nacimiento de Jesucristo



248.159.2

TUD

LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA

CONTEMPLANDO

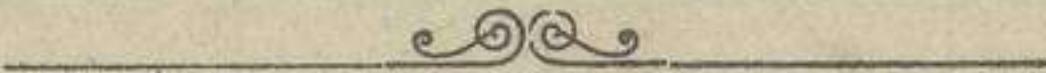
EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO



Devotas consideraciones para antes y después de la Comunión, según el espíritu de San Alfonso M.^a de Liguorio, seguidas del Ordinario de la Santa Misa y la traducción castellana de las de Navidad y Santísimo Sacramento

— por el —

Dr. D. José Tudurí Moll, Pbro.



Con las debidas licencias



MAHÓN

Imp. de M. Sintés, sucesor de B. Fábregues y de M. Parpal
Plaza del Príncipe, 11

1917

P. 466A

P. 466A

Al Lector

JESUCRISTO es el Amor de los amores, y la devoción de las devociones es el amor a Jesucristo, el cual, como observa San Alfonso M.^a de Ligorio, quiso hacerse niño para atraer hacia sí nuestros corazones, conciliarse mejor el amor de todos los hombres y hacerse grato y amable a nuestra vista.

El librito que hoy ofrecemos a las almas devotas está escrito precisamente para encenderlas en el amor de Jesús y como sus pensamientos son, en su mayor parte, pensamientos de aquel santo Doctor, tiernísimo amante de Cristo, nos prometemos conseguirlo.

Cuando te acerques, lector querido, a la Mesa Eucarística, principalmente en las fiestas de Navidad y Adviento, usa este librito, y si ex-

perimentas saludable influencia, dálo a conocer a tus hermanos en el Señor.

Jesucristo Sacramentado bendiga nuestro pequeño trabajo, emprendido a su gloria, y sean las hojas de este opúsculo, chispas de amor ardiente, que logren prender en todos los corazones cristianos que del Sagrado Convite han de recibir luz, vida y calor.

Ciudadela, fiesta de la Inmaculada Concepción de María, 1916.



La Comunión Eucarística contemplando el Nacimiento de Jesucristo

Afectos para el día precedente (1)

Expectación del Nacimiento de Jesucristo

Apenas elevada María Santísima a la augusta dignidad de Madre de Dios, todos sus pensamientos, todos sus afectos, todos sus deseos, fueron para el Hijo amantísimo de sus entrañas. Su corazón inmaculado era un volcán de amor. Y lo mismo puede decirse de San José, cuando, hecho partícipe de este inefable misterio, fué elegido Cabeza de la Sagrada Familia.

¡Con cuánto ardor aquellos santos Esposos anhelaban ver nacido al Divino Infante, para poder ser...

(1) Los pensamientos y afectos contenidos en este librito, fuera de los que nuestra piedad nos ha sugerido, han sido sacados y traducidos de las obras de San Ligorio. Mucho también nos ha servido el áureo «Manuale di Devozione», del P. Jaime M.^a Cristini, C. SS. R., tan difundido entre los fieles de Italia.

virle y adorarle! Si velaban, si dormían, María y José tenían siempre a Jesús en su corazón y en sus labios, repitiendo, de continuo, su nombre dulcísimo. ¡Jesús! ¡Jesús!...

Alma devota, el Divino Niño anhela renovar, mañana, su Nacimiento en ti, y quiere concederte el honor de albergarle, Sacramentado, en tu seno; pero ¿cuáles son tus preparativos?... ¿Estás limpia, al menos, de toda culpa grave?... ¿En cuanto a los pecados veniales, estás resuelta a no cometer ni uno más, deliberadamente?...

Afectos y súplicas

¡Mi dulcísima Madre, María! ¡Mi suavísimo Padre San José! necesito muy mucho de vuestra ayuda. Recordad que soy hijo vuestro y, por lo mucho que amáis a Jesús, hacedme partícipe de vuestros afectos para con Él. Lavad mi alma con aquellas lágrimas, que Jesús derramó por mí, en la cueva de Belén... Tomad mi pobre corazón y, recostándolo sobre el vuestro, calentadlo de modo que, en las horas que faltan para recibirle, no palpite más que para Jesús, con ardientes deseos de unirse eternamente con Él

Durante el día, aun en medio de las ocupaciones, y durante la noche, en los momentos de vela, bueno será repetir las siguientes jaculatorias:

¡Oh Niño de mis encantos,
por mí, nacido en Belén!
Ruégote que me perdones
lo mucho que yo pequé.
Ven, ¡oh Esposo! ven. ¡oh Amante!
Ven, ¡oh Dios del santo amor!
¡Para recibirte, pronto,
abierto está el corazón!

Preparación para la Comunión

Viaje a Belén

¡Día de gloria y amor! María y José, después de largo y penoso viaje, llegan a Belén, se hacen inscribir entre los súbditos del César, pagan el tributo, y en vano buscan hospedaje entre sus amigos y parientes. No lo encuentran.

Alma devota, acompaña tú a los santos Peregrinos, y viéndoles rechazados por todos, ofrécete a ellos, toda entera, con tus afectos y deseos. Reveló María Santísima que precisamente dispuso el Señor le faltase albergue en Belén, para que los cristianos se diesen a sí mismos en hospedaje y le invitasen a morar en su corazón.

Sí, Jesús mío; venid a nacer, con vuestra gracia en mí mismo... Descanad dulcemente en mi corazón. Si lo halláis indigno, purificadlo, Divino Infante, con el fuego de vuestra caridad... Vós, Virgen Santísima, lavadme de nuevo con las lágrimas preciosas del Santo Niño, a fin de que me convierta en digna habitación de Dios. (*Acto de contrición*).

La Cueva afortunada

Viéndose, pues, San José y la Virgen Santísima despreciados de todos, salen de la ciudad, para buscar, al menos en sus afueras, algún lugar de refugio. Los pobrecitos Peregrinos, caminan de noche y a obscuras; van y vienen; miran aquí y allá, y finalmente entran en una cueva que servía de establo a los animales, cavada en el peñasco de un monte. ¡Oh Dios! ¿qué habrán dicho los Angeles del cielo

al ver entrar a María Santísima en una inmunda cueva para dar a luz al Hijo del Eterno?

¡Oh cueva afortunada, que tuviste la suerte de ver nacer al Verbo Divino, hecho hombre en las entrañas purísimas de una Virgen!... ¡Oh pesebre dichoso, honrado con la presencia del Señor del Paraíso!... ¡Oh benditas pajas que servisteis de lecho a Aquel que se asienta sobre las alas de los serafines y camina sobre los vientos y los mares!

Pero más afortunada aún tú, alma piadosa, que serás admitida, esta mañana, al Sagrado Convite, en el cual te servirá de alimento, la carne inmaculada del Niño Jesús. ¡Cuan grande es la admiración de los ángeles que circundan el Sagrario, al ver tanta dignación!... ¿Permanecerás, acaso, indiferente?... ¿Nada dirás a Jesús?... ¿No te derretirás de amor?

Nacimiento de Cristo

Entrado que hubo la Virgen en la cueva, púsose luego en altísima contemplación. Gozo inefable, alegría indecible inunda su alma purísima; ve en torno suyo espléndida luz celeste; baja sus modestísimos ojos, mira, y ¡Santo Dios! ¿qué es lo que ve? Ve ya sobre la desnuda tierra, al Divino Niño, que envía doquier lumínicos rayos, es verdad, pero que al mismo tiempo, tiritita de frío, llora, y extiende sus manecitas, para indicarle, claramente, cuánto desea le tome en brazos, y le caliente en su seno virginal.

María llama a su Esposo. *Ven, le dice, ven y mira; ha nacido ya el Hijo de Dios.* Se adelanta el Patriarca bendito, y con lágrimas en sus ojos se postra en tierra para adorar al Divino Infante y reconocerle como su Dios; a pesar de aparecer ante sus ojos, tan pobre y voluntariamente sujeto a tantas miserias. ¡Oh escena de Cielo!..

Alma dichosa; ya que, esta mañana, has de reci-

bir al mismo Jesús, oculto bajo las especies eucarísticas, aviva tu fe y pide a los santos Esposos te hagan partícipes de la suya, tan viva, tan sincera, tan constante. Creo, Señor, creo....

Acércate con fe, a Jesús

Amabilísimo Niño, escondido, y desconocido de la mayor parte de los hombres; yo os creo realmente presente en la Santísima Eucaristía, pero bien quisiera tener sentimientos dignos de vuestra presencia. Mis ojos, es cierto, sólo ven las especies eucarísticas, pero ¡ah Dios mío! aún esto es un milagro de vuestra bondad que quiere cubrirse, con este cándido velo, para conformarse más a mi miseria. Escondéis vuestra majestad, para infundirme mayor confianza y amor.

Yo creo firmemente ¡oh Señor! que al recibir la Comunión, recibo vuestro Cuerpo inmaculado... aquel mismo Cuerpo que tomasteis por mí en el seno sacratísimo de María. Creo ¡oh Jesús mío! todo esto y dichoso me juzgara si lograra que todo el mundo os conociera y creyera en Vos .. Con cuánto gusto daría mi sangre en confirmación de esta verdad!..

Y no solamente creo en Vos, ¡oh Jesús mío! sino que también os adoro... y uno estas mis adoraciones a las que os tributan los Angeles y los Santos del cielo, y las almas justas que viven en la tierra... Uno a las adoraciones que os rindieron María Santísima, vuestra Madre, y el Patriarca San José, vuestro Padre nutricio, viéndoos nacido en la gruta de Belén.. ¡Ah! Madre mía dulcísima, ayudadme vos, y suplid, con vuestra fe, cuanto falta a la mía.

Humildad y amor en competencia

María Santísima, después de haber estrechado

contra su seno a Jesús, le adora como a su Dios. le besa los pies como a su Rey y le llena de caricias como a su Hijo ..

Procura cubrir su cuerpecito, lo faja después, entre pañales, y calentándole con sus brazos, le alimenta con la leche virginal de sus pechos, entre la admiración más estupenda de los ángeles

San José, entretanto, no osa tocar siquiera al Divino Infante. Bien quisiera estrecharle contra su corazón, pero altísimos sentimientos de respeto y humildad, se lo impiden, hasta que animado por su misma Esposa, toma, con profunda reverencia, en sus brazos, al Niño, y poniendo el tembloroso labio sobre su Divino rostro, imprime en las mejillas, un beso de amor..

Y yo ¿quién soy? Soy un vil gusanillo de la tierra, compuesto de un cuerpo de miserias y de un alma llena de ignominias, y no obstante me atrevo a acercarme al altar, no para besaros, Señor, solamente, sino, más afortunado aún que el mismo San José, para recibirlos dentro de mí mismo, para recibirlos a Vos, el Omnipotente, el Santo de los Santos, ¡Dios! . ¡Qué sentimientos de humildad y confusión debes tener, alma mía, al pensar que viene hoy a ti Aquel que llena los cielos con su gloria y hace temblar, a su sola presencia, las columnas del Em-píreo...

Domine, non sum dignus...

¡Oh Jesús-Niño, amabilísimo, por mi amor nacido en Belén, y por mi amor, Sacramentado, en el altar! Cuando cuento el número de mis pecados y considero que estáis dispuesto a entrar en la pobre morada de mi corazón, sólo sé deciros: «¡Señor! No soy digno de que vengáis a mi pecho». «Apartaos de mí, porque soy un miserable pecador» No me atrevería yo a acercarme a la Sagrada Mesa si los

tiernos vagidos de Niño y las miradas amorosas que me dais, y siento y veo tras el velo de las especies sacramentales, no me invitaran a ello... Ya que sois tan bueno y me queréis tanto, que os convertís en mi alimento, concededme la gracia de recibirlos, con santas disposiciones, otorgándome sincero dolor de mis pecados, semejante a aquel que en vuestro corazón sentisteis, al veros despreciado en Belén... Alzad vuestras manecitas, Niño Divino, y dadme, de nuevo, una general absolución de mis culpas, un perdón total de las ofensas que os he hecho... Os lo pido en nombre de la Trinidad Santísima; por el amor de vuestra Madre Inmaculada, que en estos momentos me invita a acercarme a Vos, con confianza y amor; por el cariño de vuestro Padre nutricio, San José tan enamorado de Vos... ¡Perdón, Señor, perdón!...

Amor con amor se paga

¡Navidad! .. ¡Fiesta de amor!... ¡Eucaristía! .. ¡Amor de los Amores! Todo, pues, esta mañana, respira amor, amor y sólo amor... Podrás tú, alma mía, acercarte a recibir al Divino Infante de Belén, por tí cultivado en la blanca Hostia, tú, tan fría, tan helada, tan poco encendida en santos deseos, tan rehacia al calor suavísimo de la caridad? Pero . . . ¡ánimo! ¡no temas! la Madre de Cristo, la Madre del Amor Hermoso, es tu Madre, y Ella sabrá suplir lo que a tí te falta en el amor a Jesús. . .

¡Oh feliz Virgen María! Vos fuisteis siempre, toda de Dios, y vuestro corazón sólo palpitó por Él.. Vos comunicasteis al de vuestro Esposo, tales llamas de caridad, que únicamente por Jesús, vivió y alentó, todos los días de su existencia.. ¡Ah, Señora! encended el mío, también, en el mismo amor..

Si en el tiempo pasado, no he sido de Dios, ahora yo quiero ser suyo; ahora, cuando ha llegado el

dichoso momento de recibirle en hospedaje... Tomad de nuevo, Madre mía, mi pobre corazón. recostadlo sobre el vuestro, y después acercadlo al de Cristo... No lo quitéis jamás...

¡Yo os amo, Divino Niño! . . . Afectos terrenos, salid, para siempre, de mi corazón, y no volváis a entrar en él... ¡Yo os amo, Niño Divino! ¡Os amo! ¡Os amo! ¡Os amo! .. ¡Os amaré eternamente!... ¿Quién me separará de Vos? . . . ¿Que es lo que puedo yo buscar, ni en la tierra, ni en el cielo, sino a Vos que sois todo mi bien, mi único tesoro y el paraíso de mi alma?... Aquí me tenéis; entrad en mi pecho; tomad como vuestro, todo cuanto es mío, y renaciendo, de nuevo, en mi interior, por medio de esta santa Comunión, vivid en mí eternamente... Vos sois mi vida, en la vida y en la muerte, en el tiempo, y por todos los siglos!...

Ven ¡oh Esposo! ven ¡oh Amante!

Ven ¡oh Dios del santo amor!

¡Para recibirte, pronto,
abierto está el corazón!

¡Oh Niño de mis encantos,
por mí nacido en Belén!

Ruégote que me perdones,
lo mucho que yo pequé.

Después de haber repetido, varias veces, estos actos de amor, acércate, alma fiel, al altar santo que te imaginarás ser el pesebre de Belén... Figúrate que estás al lado de María, Sma. y San José, como uno de los humildes pastores; pide otra vez a la benditísima Virgen que coloque su Hijo Divino en tu corazón, y al recibir la santa Hostia, piensa que le recibes de las manos de María.

Cuando hayas comulgado, toma a Jesús en espíritu, abrázale con gran respeto, y ofrécelo en acción de gracias al Eterno Padre, y después, estrechándole tiernamente contra tu seno, repite estos actos de amor: *¡Oh Redentor mío amabilísimo! mi alma está prendada de Vos y os amo con ardor... ¡Oh mi amado Jesús! inflamadme en vuestro amor divino, ya que para esto bajasteis a la tierra... Yo quiero amaros cuanto os aman los ángeles del cielo, que os circundan, cuanto os amó San José... ¡Oh María! ¡Oh gran Ma-*

dre de tan grande Hijo! concededme la gracia de amarle mucho, mucho, mucho, como mucho le amabais Vos cuando le llevabais en vuestro seno, cuando le visteis nacido en Belén, cuando le disteis el primer beso...

Entretente cuanto puedas en estos afectos... Si eres persona consagrada a Dios, renueva tus votos y examina si eres toda de Dios...

Cuenta al Niño Jesús tus necesidades; pídele gracias para ti y para las personas de tu obligación; prométele enmendarte de las faltas que más acostumbras cometer... No te olvides de rogar por la Iglesia Católica, por el Sumo Pontífice, por los pecadores, y por las pobrecitas almas del Purgatorio.

No hay oración más agradable a Dios, ni más útil a las almas que la que se hace después de la Sagrada Comunión. Dice Santa Teresa, que Jesús en aquel instante se pone en el alma como en trono de misericordia y la dice: *¿Qué quieres de mí? Alma, yo he venido a ti para colmartte de mercedes. Pídeme cuanto quieras, porque serás oída.*

¡Oh! qué tesoros de gracias recibirás, alma devota, si te entretienes con Jesús después de la Comunión todo el tiempo posible. No te pongas a leer en seguida, como hacen algunas personas. Pídele con todo tu corazón y con las palabras que el corazón te dicte, cuantas gracias necesitas; y pídeselas, muchas veces, a ejemplo de Jesucristo, que en el huerto de Getsemaní, repitió, por tres veces, la misma plegaria.

Acción de gracias

para después de la Comunión

Hallé al Amor de mi alma

La Esposa de los Cantares deseaba, ardientemente, ver a su hermanito en los brazos de su Madre, nutriéndose con la leche de sus pechos. ¡Deseaba verle!...

Más feliz eres tú, ¡oh alma fiel!, que has tenido la suerte esta mañana, no solamente de ver al Divino Infante en brazos de su Madre Inmaculada, si

que también de abrazarle tiernamente y recibirle dentro de ti ¿Cómo no te sientes, pues, inundada de celestes dulzuras? ¿Cómo estás tan fría, que el Niño Divino casi prefiera estar sobre las heladas pajas del pesebre, a vivir en tu morada?

Pide, pide de nuevo a la Virgen Santísima y a San José, su Esposo, te concedan aquellos vivísimos afectos de su corazón, al estrechar a Jesús, al acariciarle, y al recibir, ellos mismos, sus dulces sonrisas. Di, una y mil veces, a Jesús, que le amas de veras .. *Hallé a Aquel a quien tanto ama mi alma...*

¡Amando!... ¡Siempre amando!...

¡Jesús de mi corazón! Si hubo un tiempo en que tuve la desgracia de no amaros, ahora os amaré siempre y os amaré mucho, os amaré con todas las fuerzas de mi alma. ¡Oh amor, amor de mi Jesús, de Jesús, Niño Divino, el más generoso y el mejor de los amigos; el más amable a mi corazón, renacido hoy, en mí, por medio de la Comunión Eucarística! Yo os escojo por mi herencia; o amaros incesantemente en esta vida, o no estar en ella. ¡Divino Infante! Amaros en la tierra, o morir para amaros en la gloria. .

¡Angeles que anunciasteis a los pastores de Belén la buena nueva, y con vuestras arpas de oro, cantasteis la gloria de Dios, en las alturas, venid en derredor mío y tributad a Jesús, que está en mi pecho, vuestros himnos de amor! ¡Alabadle y glorificadle con eternos *hosannas*! ¡Decidle que le amo; decidle que le adoro; decidle que me entrego a él sin reserva, para siempre! ¡La tierra, los cielos, el mar y todo lo que ellos contienen, me ayuden a cantarle el himno eterno de la gloria, el himno incesante del amor!

¿Por qué lloráis, Jesús mío?

¡Oh dulcísimo Niño! seáis por siempre bienvenido a la pobre morada de mi alma... Yo os doy gracias por el favor que me habéis hecho, esta mañana, de alimentarme con vuestra carne purísima... Mi corazón se siente abrumado de gratitud, y le faltan palabras para expresarla... Yo os bendigo, os glorifico y os adoro. ¡Bendito seáis de todas las criaturas! ¡Bendito seáis de los ángeles y santos!... Os debo infinitos bienes, y todos los cánticos que repitan en la eternidad no dirán aún lo que yo quisiera deciros... Invitaré a todas las criaturas a bendeciros, pero conozco que los cielos y la tierra no tienen bastante voz para expresar lo que mi alma quisiera, y daros gracias proporcionadas a lo que os debo. ¿No me habéis dado en la Sagrada Comunión, más que los cielos y la tierra, más que los ángeles, más que María misma? ¿No se me habéis dado a Vos mismo, en este Sacramento, memorial perenne de vuestras bondades, recuerdo constante de vuestras misericordias?...

Pero decidme, Amor mío, ¿por qué esquiváis mirar a vuestro siervo? ¿Jesús mío, por qué lloráis?.., ¡Ah! sí; ya os entiendo! .. Vos lloráis porque mi corazón, lleno de amor propio y desordenados apetitos, vale menos, mucho menos, que el establo, donde nacisteis... Vos lloráis por mis ingratitudes, mis pecados y mis miserias; Vos lloráis por mí, ahora, como por mí llorasteis, en la cueva de Belén...

Pero consolaos, ¡oh Jesús! y no os apartéis jamás de mí. Mirad como vuestra Madre María, y vuestro Padre nutricio, San José, os adoran conmigo, os estrechan contra su pecho por mí, os calientan con sus besos afectuosos, y con sus caricias, os desagravian de mi mal comportamiento... Yo os amo, Niño Divino, y de hoy en adelante, os amaré siempre...

Quiero que sólo a Vos pertenezca mi corazón... Tomad posesión de él, y tomadla eternamente, de manera que yo sea eternamente vuestro y Vos seáis eternamente mío.. Disponed de mí, según vuestro beneplácito, pues a mí me basta que me dispenséis la gracia de amaros. ¡Vuestro amor es y será siempre mi único tesoro, mi único deseo, mi único bien, y mi único amor!

Ábrete, alma fiel, a la esperanza

Una de las razones por las cuales Jesús quiso hacerse niño, fué para mostrar la propensión que tiene de comunicarnos sus riquezas, a la manera de los otros niños, tan fáciles, tan prontos en dar lo que tienen... ¡Oh si supieses, a ma devota! Jesús es Omnipotente; Jesús, Arbitro y Dueño supremo, guarda en su Corazón los inefables tesoros de las divinas bondades.. Jesús desea más ardientemente que tú misma, tu propia salvación .. Más grande es la alegría de Jesús en darte, que la tuya en recibir... ¡Jesús es todo amor!

Animo, pues; levántate; ábrete a la esperanza y cuenta tus necesidades al Divino Niño... Contémplole en este trono de misericordia y pídele cuanto te convenga... Pídele mucho, porque todo lo puedes conseguir de su bondad. Si no tienes confianza en ti misma, si dudas de tus súplicas porque son indignas de ser oídas, vuelve tu mirada a sus amadísimos Padres y diles humildemente que rueguen por ti.

¡Quiero vivir, sólo, para Jesús!

¡Oh dulcísima Madre mía! ¡Oh castísimo Patriarca San José! yo sé que vuestras plegarias son omnipetentes para con el Divino Infante. Dignaos, pues, interceder por mí y obtenerme aquellas gra-

cias que vosotros sabéis me son necesarias. Impetradme, especialmente, la gracia de ser, de hoy en adelante, enteramente de Cristo.

Sí, Abogados míos amantísimos, quiero vivir sólo para Jesús. Y como vuestra mente pensaba siempre en Jesús, como vuestro corazón sólo palpitaba por Jesús, como vuestra lengua no sabía repetir otro nombre que el de Jesús, como vuestros oídos oían de continuo a Jesús, como vuestras manos estaban siempre ocupadas en obsequio de Jesús, haced, así también, que mi mente, mi corazón, mis ojos, mi lengua, mis oídos y mis manos sean siempre para Jesús.

(Vuélvanse a pedir nuevas gracias para sí y para los demás).

Afectos y súplicas

¡Oh! cuán feliz sería yo, si de hoy en adelante pudiese decir siempre con la Sagrada Esposa: *Mi Amado es todo para mí y yo toda para mi Amado.* Mi Dios, el amado de mi alma, se me ha entregado todo enteramente; justo es, pues, que yo me entregue, de la misma manera a mi Dios, y que no cese jamás de decirle: ¡Oh Niño amabilísimo! ¡oh mi amado Redentor! ya que Vos bajasteis del cielo y os dejasteis Sacramento para entregaros todo a mí, ¿qué es lo que puedo yo buscar, ni en la tierra, ni en el cielo, sino a Vos, que sois todo mi bien, mi único tesoro y el paraíso de mi alma? Sed, pues, Vos el único Señor de mi corazón y poseedlo todo. Que mi corazón no obedezca más que a Vos, ni procure complacer a otro que a Vos. Sólo a Vos ame mi alma; sólo a Vos tenga por patrimonio. Procúrense los otros, y gocense, si pueden hallar algún verdadero goce fuera de Vos, en los bienes perecederos de este mundo; que por lo que a mí toca, sólo quiero que seáis Vos mi fortuna, mi riqueza, mi

paz, mi esperanza, así en la vida como en la eternidad. Aquí tenéis mi corazón; os lo doy todo entero; no será mío, en adelante; vuestro es. Decidme qué queréis de mí porque estoy pronto a hacerlo. Disponed de mí y de todas mis cosas, como os agrade, que todo lo acepto con resignación. En vuestras divinas manos pongo mi alma; auxiliadla pues, conservadla en vuestra amistad, y haced que sea vuestra siempre, ya que Vos, en este Sacramento augustísimo, a Ella, para siempre, Os habéis dado.

¡Oh feliz Virgen María! Vos fuisteis siempre toda de Dios; toda bella, toda pura, y sin mancha; Vos sois la que entre todas las almas fuisteis llamada *su paloma* y la única sin defecto alguno; Vos sois el huerto cerrado a toda imperfección y a toda culpa; todo lleno de flores y frutos de virtud. ¡Oh Reina y Madre mía! Vos que tan bella sois a los ojos de Dios, rogad por mí y alcanzadme, con vuestra intercesión, que mi alma, de hoy en adelante, sea toda suya; enteramente suya; toda de Jesucristo, vuestro Hijo Divino. Obtenedme. ¡oh dulcísima Madre mía! que le sea agradable, y siempre fiel hasta la muerte. Así lo espero; así sea.

La persecución de Herodes

Apenas el cruel Herodes supo que Jesús había nacido en la gruta de Belén, procuró, por todos los medios, quitarle la vida, hasta el punto de verse obligados María y José a huir a Egipto, para librar al Divino Infante de una muerte segura.

Alma piadosa; tú esta mañana has tenido la suerte, también, de ver nacido a Jesús Niño, dentro de ti, pero ¡ay! muy pronto, las bastardas pasiones se alborotarán fieras, y el Herodes infernal, coaligándose con ellas, hará esfuerzos supremos para darle la muerte.. ¿Qué harás, pues, para resistirlas cuando por propia experiencia, conoces tan bien tu debilidad

y su poder?... Jesús mío *no permitáis que me aparte de Vos...*

Antes morir que ofender a Jesús

¡Oh María y José! por lo mucho que amáis a Jesús, continuad vuestros solícitos cuidados para con El, como en los días de la persecución de Herodes. Ya que se ha dignado nacer espiritualmente en mí, defended, ahora, su vida en mí alma por la gracia, de los pecados, crueles perseguidores que quisieran crucificarle de nuevo.

Vos especialmente, Virgen Santísima, tomad mi pobre corazón, cubridlo con aquellos pañales con que cubristeis el Santo Niño y con sus fajas unidlo inseparablemente a El... ¡Oh Madre mía! poned en mi pecho, como sello irrompible, la señal de la Cruz, y en torno de ella esculpíd con caracteres de fuego el santo nombre de Jesús, a fin de que al verlo el enemigo infernal, tiemble, y se convenza de que jamás tendrá entrada en mí misma.

¡Ah! yo protesto una y mil veces que quiero morir, morir una y mil veces también, antes que arrojar a mi Dios del corazón, e introducir, de nuevo, en él, el pecado... el demonio... No, Jesús mío, no, no y no... (*Háganse propósitos particulares*).

¿Serás fiel?

Si lo piensas bien, alma devota, en tu última Comunión hiciste a Jesús tantas promesas... formaste para con El, tantos propósitos... fuiste tan generosa y tan espléndida... pero después... ¡ah después!

A fin de que ahora cumplas como buena, antes de salir de la Iglesia y volver a las ordinarias ocupaciones, haz un acto de desconfianza de ti misma y protesta, solemnemente, que sólo confías en la Divina Bondad.

Después de haber dado gracias a María Santísi-

ma y a San José, por los favores que, esta mañana, te han dispensado, asistiéndote y ayudándote, estrecha de nuevo amorosamente contra el pecho al Divino Niño y ruégale que alce, su manecita, y se digne confortarte con su especial bendición. Repítele aquellas palabras del santo jovencito, Juan Berchmans: *Jesús mío, no os dejaré hasta que me hayas concedido la gracia de amaros, y perseverar hasta la muerte, en vuestro amor.*

Bendición

No, Niño Divino, no puedo ni quiero salir de este santo templo, sin que antes me bendigáis.

Benedicid, primero, todas mis facultades internas, a fin de que el entendimiento piense siempre en Vos, la memoria, de Vos, siempre se acuerde, y la voluntad, a Vos sólo desee, y por Vos únicamente suspire.

Benedicid también, todos los sentidos del cuerpo; mis bienes, mis ocupaciones, mis estudios y mis trabajos, a fin de que lejos de abusar de ellos, como hasta ahora me sirvan de medios para unirme a Vos y trabajar para extender vuestra gloria.

Y a la vez que a mi ¡oh Señor! os ruego que bendigáis a mis Padres... a mis Hermanos... a mis Superiores. Dadles a todos la perseverancia en vuestro santo amor. Sí, Jesús mío, bendicid a todos y haced que esta bendición sea presagio de aquella que nos daréis, a la faz del mundo, el día supremo del Juicio, cuando nos diréis: *Venid, benditos de mi Padre!* Amén.

Este es el tiempo mejor para rezar oraciones indulgenciadas, porquz se han de lucrar en estado de gracia. Se recomienda entre todas la siguiente, que tiene indulgencia plenaria, si se reza después de comulgar, delante de un Crucifijo, y orando por las intenciones del Romano Pontífice.

Oración a Jesucristo crucificado

Miradme, ¡oh mi amado y buen Jesús!, postrado en vuestra santísima presencia; os ruego con el mayor fervor imprimáis en mi corazón, vivos sentimientos de fe, esperanza y caridad, verdadero dolor de mis pecados y propósito firmísimo de enmendarme, mientras que yo, con todo el amor y con toda la compasión de mi alma, voy considerando vuestras cinco llagas, teniendo presente aquello que dijo de Vos, ¡oh buen Jesús! el Santo Profeta David: *Han taladrado mis manos y mis pies, y se pueden contar todos mis huesos.* (Indulgencia plenaria. — Pío IX, 31 julio 1858).

Aspiraciones de San Ignacio de Loyola

*Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, purifícame.
Pasión de Cristo, confórtame.
¡Oh buen Jesús!, óyeme.
Dentro de tus llagas escóndeme.
No permitas que me aparte de ti.
¡el maligno enemigo, defiéndeme.
En la hora de mi muerte, llámame.
Y mándame ir a ti.
Para que con tus Santos te alabe.
Por los siglos de los siglos. Amén.*

(Después de la misa, siete años de perdón; 300 días de indulgencia cada vez; y si se reza cada día, una indulgencia plenaria cada mes, el día que se elija, confesando y comulgando en él. — Pío IX, 9 enero 1854).

Oración a la Virgen Santísima

¡Oh María, Virgen y Madre Santísima! He aquí que he recibido a vuestro amadísimo Hijo, al cual concebisteis en vuestro seno inmaculado, engendrasteis, criasteis, y estrechasteis con dulcísimo abrazo. Mirad, pues, como os presento, con amor y humildad, a aquel mismo Jesús, con cuya vista os alegrabais y os llenabais de todas las delicias, y lo ofrezco a vuestros brazos para que lo abracéis a vuestro corazón para que le améis y para que lo ofrezcáis a la Santísima Trinidad en supremo culto de adoración, por vuestra misma honra y gloria y por todas las necesidades mías y de todo el mundo. Ruego, pues, piadosísima Madre, me alcancéis perdón de todos mis pecados, y gracia abundante para que, desde ahora, le sirva con más fidelidad; y por fin la perseverancia final, para que pueda alabarle con Vos, por los siglos de los siglos. Amén. *(100 días de indulgencia. — León XIII, 20 de diciembre, 1894).*



Ordinario de la Santa Misa

SACERDOTE. — En el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Entraré en el altar de Dios.

ACÓLITO. — ¡Al Dios que llena de alegrías mi juventud!

S. — Júzgame ¡oh Dios! y separa mi causa de la gente impía: líbrame del hombre inicuo y engañador.

A. — Ya que tu eres ¡oh Dios! mi fortaleza: ¿por qué me rechazaste y por qué ando triste mientras me oprime mi enemigo?

S. — Envía tu luz y tu verdad: éstas me guiaron y condujeron a tu monte santo y a tus tabernáculos.

A. — Y entraré en el altar de Dios: al Dios que alegra mi juventud.

S. — Te confesaré al son de la cítara. ¡Dios, Dios mío! ¿Por qué estás triste, alma mía, y porqué me conturbas?

A. — Espera en Dios porque todavía le confesaré: ¡Salvador de mi rostro y mi Dios!

S. — Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

A. — Como era en el principio, ahora, y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

S. — Entraré en el altar de Dios.

A. — Al Dios que llena de alegrías mi juventud.

S. — Nuestro auxilio sea en el nombre del Señor.

A. — Que hizo el cielo y la tierra.

S. — Yo me confieso a Dios omnipotente, etc.

A. — Tenga misericordia de ti, Dios omnipotente, y perdonados tus pecados, condúzcate a la vida eterna.

S. — Amén.

A. — Yo *pecador* me confieso a Dios omnipotente y a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, a los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, a todos los Santos y a Vos, Padre, que pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra, por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa. Por tanto ruego a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, a los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, a todos los Santos y a Vos, Padre, que roguéis por mí, a Dios nuestro Señor.

S. — Tenga misericordia de vosotros, Dios

omnipotente, y perdonados vuestros pecados, condúzcaos a la vida eterna.

A. — Amén.

S. — ¡Oh Dios! Volviendo tu mirada a nosotros, nos vivificarás.

A. — Y tu pueblo se regocijará en ti.

S. — Muéstranos, Señor, tu misericordia.

A. — Y danos tu salvación.

S. — Señor, escucha mi oración.

A. — Y mi clamor llegue hasta ti.

S. — El Señor sea con vosotros.

A. — Y con tu espíritu.

Sube el sacerdote al altar y dice:

Oremos. Te suplicamos, Señor, que quites de nosotros nuestras iniquidades, para que merezcamos entrar, con puras mentes, al lugar santísimo de tu templo. Amén.

Rogámoste, Señor, por los méritos de tus Santos (*besa el altar*) cuyas reliquias están aquí, y por los de todos los Santos, te dignes otorgar perdón a mis pecados. Amén.

Intróito

Aquí el sacerdote lee el Intróito de la Misa. (Tú podrás leer el de la Misa de la Natividad del Señor, o Santísimo Sacramento, según tu devoción, los cuales hallarás, al fin de este librito).

Kiries

Señor, ten misericordia de nosotros. (*tres veces*).

Cristo, ten misericordia de nosotros. (*tres veces*).

Señor, ten misericordia de nosotros. (*tres veces*).

Gloria

¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad! alabámoste, bendecímoste, adorámoste, glorificámoste! ¡Gracias te damos por tu gran gloria! Señor Dios! ¡Rey celestial, Dios Padre omnipotente! ¡Señor, Hijo Unigénito, Jesucristo! ¡Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre! ¡Tú que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros! ¡Tú que quitas los pecados del mundo, recibe nuestra deprecación! ¡Tú que te asientas a la diestra del Padre, ten misericordia de nosotros! Porque tú solo eres santo, tú solo Señor, tú solo altísimo, Jesucristo, que con el Espíritu Santo, estás en la gloria del Padre! Amén.

El sacerdote besa al altar, y vuelto al pueblo, dice:

S. — El Señor sea con vosotros.

A. — Y con tu espíritu.

El sacerdote se dirige al Misal y lee la oración, epístola y gradual. (Tú leerás las de la Misa de Natividad o Santísimo Sacramento, según prefieras).

Evangelio

El ayudante traslada el Misal: el sacerdote, en medio del altar, dice la siguiente oración:

Purifica mi corazón y mis labios ¡oh Dios todopoderoso! que purificaste los labios del profeta Isaías con un carbón ardiente; dignate, por tu grata misericordia, purificarme a mí de tal manera que pueda anunciar dignamente tu santo Evangelio. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Mándame, Señor, tu bendición.

El Señor esté en mi corazón, y en mis labios; para que pueda anunciar, digna y debidamente, su Evangelio. Amén.

S. — El Señor sea con vosotros.

A. — Y con tu espíritu.

S. — Continuación del Santo Evangelio según San N. (*signarse*).

A. — Glorificado seas, Señor.

El sacerdote lee el Santo Evangelio. (Lee tú el correspondiente a la misa que rezas.)

Concluído el Santo Evangelio:

A. — Glorificado seas, Señor.

S. — *Besando el Misal.* Por las palabras del Evangelio, bórrense nuestros pecados.

Credo

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles e invisibles: Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios. Y nacido del Padre, antes de todos los siglos. Dios de Dios. Luz de luz. Dios verdadero, de Dios verdadero. Engendrado, no hecho, consubstancial con el Padre: por quien todas las cosas han sido hechas. Que por nosotros los hombres, y por nuestra salvación bajó de los cielos. (*Se arrodilla*). Y tomó carne de la Virgen María por obra del Espíritu Santo: Y se hizo hombre. Crucificado también por nosotros, padeció bajo el poder de Poncio Pilato y fué sepultado. Y resucitó, al tercer día, según las Escrituras. Y subió al cielo: está sentado a la diestra del Padre. Y otra vez ha de venir, con gloria, a juzgar a los vivos y a los muertos: y su reino no tendrá fin. Creo en el Espíritu Santo, Señor y vivificador: que del Padre y del Hijo procede. Que con el Padre y el Hijo, juntamente, es adorado y glorificado: que habló por los profetas. Creo en la Iglesia que es una, santa, cató-

lica y apostólica; Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Y espero la resurrección de los muertos. Y la vida del siglo venidero. Amén.

S. — El Señor sea con vosotros.

A. — Y con tu espíritu.

Ofertorio

El sacerdote lee el ofertorio del día. (Lee tú el de la Misa que rezas.)

El sacerdote toma la patena con la hostia, y ofreciéndola dice:

Recibe ¡oh Padre Santo omnipotente y eterno Dios! esta hostia inmaculada, que yo, indigno siervo tuyo, ofrezco a ti, Dios uno, vivo y verdadero, por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias y por todos los que están presentes, y también por todos los fieles cristianos vivos y difuntos; para que, a mí y a ellos, sea de provecho para la salvación en la vida eterna. Amén.

Tomando el cáliz, el sacerdote pone vino en él, y bendice el agua que mezcla con el vino, diciendo:

¡Oh Dios, que maravillosamente criaste la humana naturaleza, y más admirablemente la reparaste! concédenos por este misterio de

agua y vino que seamos partícipes de la Divinidad de Aquel que se dignó hacerse partícipe de nuestra humanidad, Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro: Que contigo vive y reina en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Al ofrecer el cáliz:

Ofrecémoste, Señor, el cáliz de la salud, rogando a tu clemencia, para que suba en el acatamiento de tu Divina Majestad, en olor de suavidad, por nuestra salvación, y la de todo el mundo. Amén.

Inclinado sobre el altar dice el sacerdote:

En espíritu de humildad y con ánimo contrito, recíbenos Señor; y tal sea hoy nuestro sacrificio en tu presencia, que sea de tu agrado, Señor, Dios nuestro.

Bendición de la ofrenda:

¡Ven, Santificador, Dios omnipotente y eterno, bendice este sacrificio, preparado a tu santo Nombre!

Pasa después el celebrante al lado de la epístola y mientras se lava y enjuga las manos, reza el siguiente salmo:

Lavaré mis manos entre los inocentes: y rodearé, tu altar ¡oh Señor!

Para oír la voz de alabanza: y contar todas tus maravillas.

Señor, he amado la hermosura de tu casa: y el lugar donde habita tu gloria.

No pierdas, Dios, mi alma con los impíos: ni mi vida con los hombres sanguinarios.

En cuyas manos están sus iniquidades: y cuya diestra está colmada de dones fraudulentos.

Pero yo he procedido según mi inocencia: sálvame y apiádate de mí.

Mis pies se han dirigido siempre por el camino de la rectitud: Señor, yo cantaré tus alabanzas en las asambleas de los fieles.

Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo: Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Inclinado en medio del altar continúa:

Recibe, oh Trinidad santa, esta oblación, que te ofrecemos, en memoria de la Pasión, Resurrección y Ascensión de Jesucristo nuestro Señor: y en honor de la bienaventurada siempre Virgen María, de San Juan Bautista, de los santos apóstoles Pedro y Pablo, de estos (*cuyas reliquias están en esta ara*) y de todos los Santos; para que a ellos les sirva de gloria, y a nosotros de provecho para la salvación: y se dignen interceder por nosotros en el cielo, aquellos cuya memoria veneramos en la tierra. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Vuelto al pueblo el sacerdote dice:

Orad, hermanos: para que mi sacrificio, que

ves también vuestro, sea agradable a Dios Padre omnipotente.

El ayudante en nombre de los fieles responde:

El Señor reciba de tus manos este sacrificio, en alabanza y gloria de su nombre, y también para utilidad nuestra y de toda su santa Iglesia.

S. — Amén.

El sacerdote reza la secreta del día. (Di tú la propia de las Misas de la Natividad del Señor o SS. Sacramento, según tu devoción).

Prefacio

S. — Por todos los siglos de los siglos.

A. — Amén.

S. — El Señor sea con vosotros.

A. — Y con tu espíritu.

S. — Arriba, vuestros corazones.

A. — Los tenemos ya elevados al Señor.

S. — Demos gracias al Señor, Dios nuestro.

A. — Digno y justo es.

El sacerdote lee el Prefacio, en voz alta. (Lee tú, con devoción, el correspondiente a las Misas de Natividad o Santísimo Sacramento).

Canon de la Misa

Suplicámoste con profundo respeto, Padre clementísimo, y te pedimos por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que recibas y bendigas estos dones, estas ofrendas y estos santos sacrificios sin mancha, que en primer lugar te ofrecemos por tu santa Iglesia Católica, a la cual dignate dar paz, conservar, unir y gobernar por todo el orbe de la tierra, juntamente con tu siervo, nuestro Pontífice N., nuestro Prelado N., nuestro Rey N., y todos los ortodoxos que profesan la fe católica y apostólica.

Acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas N. N.

El sacerdote junta las manos y pide lo que desea alcanzar; después prosigue:

Y de todos los circunstantes, cuya fe y devoción te son conocidas, por los cuales te ofrecemos, y ellos mismos te ofrecen, este sacrificio de alabanza, por sí y por todos los suyos, por la redención de sus almas, por la esperanza de su salud e incolumidad, y te tributan sus votos a ti, eterno Dios, vivo y verdadero.

Infra-acción

Comunicando y venerando la memoria, en primer lugar de la gloriosa Virgen María, Ma-

dre de nuestro Señor Jesucristo y después de tus bienaventurados apóstoles y mártires Pedro y Pablo, Andrés, Santiago, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón y Tadeo, Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damián, y de todos tus Santos, por sus merecimientos y ruegos te suplicamos nos concedas que en todas las cosas, el auxilio de tu protección, nos defienda. Por el mismo Cristo nuestro Señor. Amén.

Luego el sacerdote extiende las manos sobre la oblata y dice:

Te suplicamos, pues, Señor, recibas, propicio, esta ofrenda de nuestra servidumbre, que es también la de toda tu familia y haz que gocemos de tu paz, durante esta vida, nos libres de la condenación eterna, y nos cuentes en el rebaño de tus escogidos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Juntas ya las manos, prosigue el sacerdote:

La cual oblación, te rogamos ¡oh Dios! te dignes hacerla en todo, bendita, aprobada, racional y agradable a tus ojos, a fin de que se convierta, para nosotros, en Cuerpo y Sangre de Jesucristo, tu amadísimo Hijo, nuestro Señor. Amén.

Consagración

El cual la víspera de su Pasión, tomó el pan

en sus santas y venerables manos, y levantados sus ojos al cielo, a ti Dios Padre suyo todopoderoso, dándote gracias, lo bendijo, partió y dió a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed todos de él: PORQUE ESTE ES MI CUERPO.

Aquí el sacerdote después de haber adorado de rodillas el Sagrado Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, lo eleva para que el pueblo lo vea y adore. (Adóralo tú, desde lo íntimo del corazón y dile con singular respeto: ¡DIOS MIO Y SEÑOR MIO! mientras fijas tus ojos en la sacratísima Hostia).

Luego el sacerdote toma el cáliz y dice:

De un modo semejante, acabada la cena, tomando este excelente cáliz en sus santas y venerables manos; dándote, igualmente, gracias, lo bendijo y dió a sus discípulos, diciendo: Tomad y bebed todos de él: PORQUE ESTE ES EL CÁLIZ DE MI SANGRE, DEL NUEVO Y ETERNO TESTAMENTO (MISTERIO DE FE) QUE SERÁ DERRAMADA POR VOSOTROS Y POR MUCHOS, PARA EL PERDÓN DE LOS PECADOS.

Pronunciadas las palabras de la consagración, pone el cáliz sobre el corporal, diciendo en voz baja:

Todas las veces que hicieréis estas cosas, las haréis en memoria mía.

Luego adora, de rodillas, la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, y eleva el cáliz para que

el pueblo lo vea y adore. (Haz tú un acto de amor ardiente a Jesús Sacramentado y pídele riegue t.: alina, con su sangre salvadora).

Después dice el celebrante:

Por donde, Señor, nosotros tus siervos y tu pueblo santo, acordándonos de la bienaventurada Pasión del mismo Cristo Hijo tuyo, y Señor nuestro, y también de su Resurrección de los infiernos, y de su gloriosa Ascensión a los cielos, ofrecemos a tu preclara Majestad, de tus mismos dones y beneficios, esta Hostia pura, Hostia santa, Hostia inmaculada, Pan santo de vida eterna y cáliz de salud perpetua.

Hacia los cuales dignate mirar ¡oh Señor! con rostro propicio y sereno, y aceptarlos, así como te dignaste de tener por aceptos, los dones de tu siervo, el inocente Abel, y el sacrificio de nuestro patriarca Abraham, y el que te ofreció tu sumo sacerdote Melquisedec; santo sacrificio, inmaculada hostia.

Inclinado profundamente prosigue el sacerdote.

Te suplicamos humildísimamente, Dios Todopoderoso, mandes sean llevados estos dones, por manos de tu santo Angel a tu sublime altar y al acatamiento de tu Divina Majestad, para que todos los que, participando de este altar, recibiéramos el sacrosanto Cuerpo y

Sangre de tu Hijo, seamos llenos de toda bendición y gracia celestial. Por el mismo Cristo, nuestro Señor. Amén.

Commemoración de los difuntos

Acuérdate también, Señor, de tus siervos y siervas N. y N. que nos precedieron con la señal de la fe y duermen ya el sueño de la paz.

El sacerdote junta las manos y ora por los difuntos por quienes quiere pedir, en particular. Luego extiende las manos, y dice:

Pedímoste, Señor, les des, por tu misericordia, a ellos y a todos los que descansan en Jesucristo, el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz. Por el mismo Cristo, Señor nuestro. Amén.

El sacerdote, dándose un golpe de pecho, y levantando un poco la voz, dice:

También a nosotros pecadores, siervos tuyos, que esperamos en la abundancia de tu misericordia, dignate darnos alguna parte y compañía con tus santos Apóstoles y Mártires: con Juan, Esteban, Matías, Bernabé, Ignacio, Alejandro, Marcelino, Pedro, Felicidad, Perpétua, Agueda, Lucia, Inés, Cecilia, Anastasia y con todos tus santos: en cuya compañía te pedimos nos recibas, no como apreciador de méritos, sino como perdonador de culpas. Por Cristo, Señor nuestro.

Por quien todo lo produces, santificas, vivificas, bendices y nos das todos estos bienes.

Por el mismo, y con el mismo, y en el mismo, en quien tienes, Dios Padre omnipotente, en unidad con el Espíritu Santo, toda la honra y la gloria.

El sacerdote hace una genuflexión y dice en voz alta:

Por todos los siglos de los siglos.

A. — Amén.

S. — Oremos: Amonestados con preceptos saludables, y dirigidos por la enseñanza divina, nos atrevemos a decir:

Padre nuestro, que estás en los cielos: santificado sea el tu nombre: venga a nos el tu reino: hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy: y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación.

A. — Más líbranos de mal.

S. (*en voz baja*). — Amén.

Toma la patena entre los dedos y dice el celebrante:

Te rogamos, Señor, nos libres de todos los males, pasados, presentes y venideros: y por la intercesión de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen Madre de Dios, María, con tus

bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo, y Andrés, y todos los Santos (*se santigua con la patena*) dános, propicio, la paz en nuestros días; para que ayudados con el auxilio de tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado, y seguros de toda perturbación.

Aquí el sacerdote divide la hostia en tres partes sobre el cáliz, diciendo:

Por el mismo Señor nuestro, Jesucristo, tu Hijo, que, siendo Dios, vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos.

A. — Amén.

S. — La paz del Señor sea siempre con vosotros.

A. — Y con tu espíritu.

Echa la partícula de la hostia en el cáliz, y dice:

Esta mezcla y consagración del Cuerpo y Sangre de nuestro señor Jesucristo, a nosotros, cuando la recibamos, sírvanos para la vida eterna. Amén.

Luego dándose tres golpes de pecho, dice el sacerdote:

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: ten misericordia de nosotros.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: ten misericordia de nosotros.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: danos la paz.

El celebrante se inclina, y dice las tres oraciones siguientes:

Señor Jesucristo que dijiste a tus apóstoles: La paz, os dejo, mi paz os doy; no mires a mis pecados, mira la fe de tu Iglesia y según tu voluntad, dignate pacificarla y unirla; tú que vives y reinas, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por la voluntad del Padre y la cooperación del Espíritu Santo, diste, por tu muerte, la vida al mundo, líbrame por este sacrosanto Cuerpo y Sangre tuyos, de todas mis iniquidades y males; haz que yo esté siempre unido a tus mandatos y no permitas me separe nunca de tí, que vives y reinas con el mismo Dios Padre y el Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

La participación de tu Cuerpo, Señor Jesucristo, que yo indigno, me atrevo a recibir, no me sirva para materia de juicio y condenación, sino, por tu piedad, me aproveche para defensa de alma y cuerpo, y para alcanzar remedio y medicina, Tú que vives y reinas con Dios Padre, en unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

Hace una genuflexión y dice:

Tomaré el pan celestial, e invocaré el nombre del Señor.

Teniendo en la mano izquierda la hostia consagrada, dándose tres golpes de pecho, dice por tres veces:

Señor, yo no soy digno de que entréis en mi morada, más decid una sola palabra y será sana mi alma.

El Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, guarde mi alma, para la vida eterna. Amén.

Sume el sacerdote la sagrada Hostia; después descubre el cáliz y dice:

¿Con que corresponderé yo al Señor, por todos los beneficios que de él he recibido? Voy a tomar el cáliz de la salud, y a invocar el nombre del Señor. Con alabanzas invocaré al Señor, y quedaré libre de mis enemigos.

La Sangre de nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Amén.

Dichas estas palabras, sume el celebrante el sagrado cáliz, lo cual verificado, hace las abluciones, mientras dice:

Lo que hemos recibido, Señor, con la boca, lo abracemos con alma pura, y de este don temporal salga, para nosotros, el remedio sempiterno.

Tu Cuerpo, Señor, que he recibido, y tu San-

gre, que he bebido, se adhieran a mi corazón, y haz que no quede mancha de maldades en mí, a quien han alimentado estos puros y santos sacramentos: Señor, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

El sacerdote va al lado de la Epístola y lee la COMUNIÓN. Después de haber ido en medio del altar y dicho:

S. — El Señor sea con vosotros.

A. — Y con tu espíritu

lee la POSTCOMUNIÓN. (Lee tú las de las Misas de Natividad o Santísimo Sacramento.

Luego el Celebrante, en medio otra vez del altar, y vuelto al pueblo, dice:

S. — El Señor sea con vosotros.

A. — Y con tu espíritu.

S. — Id, la Misa está concluída.

A. — Gracias sean dadas a Dios.

El sacerdote, inclinado en medio del altar reza la siguiente oración:

Séate agradable, oh Trinidad Santa, el obsequio de tu servidor: y concede que el sacrificio que yo indigno he ofrecido a los ojos de tu Majestad, sea digno de que tú lo aceptes; y para mí y para todos aquellos por quienes lo he ofrecido sea, por tu misericordia, propiciatorio. Por Cristo Señor nuestro. Amen.

Y da la bendición:

Bendígaos Dios Todopoderoso: Padre e Hijo y Espíritu Santo.

A. — Amén.

S. — El Señor sea con vosotros.

A. — Y con tu espíritu.

S. — Principio del santo Evangelio, según San Juan.

A. — Gloria a tí, Señor.

S. — (Jo. I.) — En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios. Por él fueron hechas todas las cosas: y sin él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas, en él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres: y esta luz resplandece en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la han recibido. Hubo un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan. Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, a fin de que, por medio de él, todos creyesen. No era él la luz, sino enviado para dar testimonio de aquel que era la luz. El Verbo era la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba y el mundo fué hecho por él, y el mundo no le conoció. Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron. Vino a los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles potestad de llegar a ser hijos de Dios: los cuales no nacen de la sangre, ni de voluntad de la carne, ni de voluntad del

hombre, sino que nacen de Dios. (*Aquí se arrodilla*). Y EL VERBO SE HIZO CARNE Y HABITÓ EN MEDIO DE NOSOTROS: y nosotros hemos visto su gloria, como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

A. — Gracias a Dios.

Preces

que por mandato de León XIII se han de decir de rodillas, después de la Misa rezada

El sacerdote reza con el pueblo tres *Ave-marías* y la *Salve* y después dice:

Ruega por nos, santa Madre de Dios.

Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

Oremos. Oh Dios, nuestro refugio y fortaleza, mira propicio al pueblo que a tí clama: y por la intercesión de la gloriosa e Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, y de San José, su Esposo, y por la de tus santos Apóstoles Pedro y Pablo, y de todos los Santos, escucha, misericordioso y benigno, las súplicas que te dirigimos, pidiéndote la conversión de los pecadores y la exaltación de la santa Madre Iglesia. Por el mismo Jesucristo Señor nuestro.

A. — Amén.

AÑÁDASE ESTA INVOCACIÓN.

Arcángel San Miguel, defiéndenos en la ba-

talla; sé nuestro amparo, contra la perversidad y asechanzas del demonio. REPRÍMALE DIOS, pedimos suplicantes: y tú, Príncipe de la celestial milicia, lanza en el infierno, con el divino poder, a Satanás y a los otros malignos espíritus que discurren por el mundo, para la perdición de las almas.

A. — Amén.

Trescientos días de indulgencia cada vez. (6 de enero; 20 de agosto, 1884).

La Santidad de Pio X, desea que se añada la Jaculatoria siguiente:

Corazón sacratísimo de Jesús, ten misericordia de nosotros (se dice tres veces).

Siete años y siete cuarentenas de indulgencia. (17 de junio, 1904.)



Misa de la Natividad del Señor

Intróito

El Señor me dijo a mí: Tu eres mi hijo: Yo te engendré hoy. ¿Por qué causa se han embravecido tanto las naciones y los pueblos han maquinado vanos proyectos? Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos; Amén. El Señor me dijo a mí: Tu eres mi hijo: Yo te engendré hoy.

Oración

Oh Dios que iluminaste la noche sacratísima de *tu Nacimiento* con el esplendor de la verdadera luz, concédenos la gracia de que habiendo conocido en **la tierra** los misterios de esta luz, gocemos también en el cielo, la alegría eterna de aquel que siendo Dios vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Epístola

Lectura de la Epístola de San Pablo Apóstol a Tito. (Cap. II.)

Carísimos: La gracia de Dios, Salvador nuestro

ha iluminado a todos los hombres; enseñándonos que renunciando a la impiedad y a los mundanos deseos, vivamos sóbria, justa, y religiosamente, en este siglo, aguardando la bienaventuranza esperada, y la venida gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo, el cual se dió a sí mismo por nosotros, para redimirnos de todo pecado, purificarnos, y hacer de nosotros un pueblo particularmente consagrado a su servicio, y fervoroso en el bien obrar. Esto os lo que has de enseñar y exhortar, en Jesucristo nuestro Señor.

Gradual

Contigo está el principado, en el día de tu poderío, en medio de los resplandores de la santidad; te engendré de mis entrañas, antes de existir el lucero de la mañana. — Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra, mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus piés. Alleluia, alleluia. — El Señor me dijo a mí: Tu eres mi hijo: Yo te engendré hoy. Alleluia.

Evangelio

Evangelio según San Lucas (Cap II.)

Por aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto, mandando empadronar a todo el mundo. Este fué el primer empadronamiento hecho por Cirino, gobernador que fué *después* de la Siria. Y todos iban a empadronarse, cada cual a la ciudad de su estirpe. José, pues, como era de la casa y familia de David, vino desde Nazareth, ciudad de Galilea, a la ciudad de David, llamada Belén, en Judea, para empadronarse con María su Esposa, la cual estaba en cinta. Y sucedió que hallándose allí, le llegó la hora de dar a luz. Y parió a su Hijo primogénito y

envolviéndolo en pañales, lo recostó en el pesebre, porque no había lugar para ellos, en la posada. En aquellos contornos velaban unos pastores, y guardaban, durante la noche, su grey. Cuando, de improviso, un ángel del Señor apareció junto a ellos y cercólos, con su esplendor, una luz divina, lo cual les llenó de sumo temor. Díjoles entonces el ángel: No teneis que temer; he aquí que os anuncio un gran gozo, para todo el pueblo. Porque hoy ha nacido para vosotros, en la ciudad de David, el Salvador, que es Cristo Señor *nuestro*. Y sírvaos de seña: Hallaréis al Niño, envuelto en pañales, y reclinado en un pesebre. Y de repente, se dejó ver con el ángel, un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando a Dios y diciendo: Gloria a Dios en la sublimidad de los cielos, y paz, en la tierra, a los hombres de buena voluntad.

Ofertorio

Alégrense los cielos y salte de gozo la tierra, a la vista del Señor, porque viene.

Secreta

Séate, Señor, acepta, como solicitamos, la oblación de la festividad de *tu Natalicio*, para que otorgándonos tu gracia, por estas sacrosantas comuniones, seamos hallados conformes a Aquel, en quien nuestra sustancia está unida; el cual contigo vive y reina, Dios, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Prefacio

Verdaderamente es digno y justo, debido y salu-

dable que en todo tiempo y lugar te demos gracias; Señor santo, Padre Todopoderoso, Dios eterno. Pues por el misterio de la Encarnación del Verbo ha brillado a los ojos de nuestra alma un nuevo resplandor de tu gloria: para que, conociendo a Dios en forma visible, seamos atraídos por El, al amor de las cosas invisibles. Y por tanto, con los ángeles y arcángeles, con los Tronos y Dominaciones y con toda la milicia del ejército celestial, cantamos un himno a tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos. Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria. Hosanna en las alturas. Bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Hosanna en las alturas.

Comunión

En medio de los resplandores de la santidad, te engendré de mis entrañas, antes de existir el lucero de la mañana.

Postcomunión

Señor, Dios nuestro, háznos la gracia de que celebrando con alegría el Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, por la frecuente participación de tus misterios, y mediante una vida santa, merezcamos ser, al fin, unidos a El. Que contigo vive y reina, Dios, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Misa del Santísimo Sacramento

Intróito

Les sustentó con riquísimo trigo, alleluia, y saciólos con la miel que destilaban las piedras, alleluia, alleluia, alleluia. Regocijáos alabando a Dios, nuestro protector; celebrad con júbilo al Dios de Jacob Gloria al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos; Amén. Les sustentó con riquísimo trigo, alleluia, y saciólos con la miel que destilaban las piedras, alleluia, alleluia, alleluia.

Oración

Oh Dios, que bajo el admirable Sacramento, nos has dejado un recuerdo de tu Pasión: concédenos, te pedimos, venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y Sangre, que sintamos, continuamente, en nuestras almas el fruto de tu redención, Señor, que como Dios vives y reinas, con Dios Padre, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Epístola

Lectura de la epístola de San Pablo Apóstol a los Corintios. (I C. cap. XI).

Hermanos: Pues yo aprendí del Señor lo que también os tengo enseñado; y es, que el Señor Jesús la noche misma en que había de ser traidoramente entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: Tomad, y comed: este es mi Cuerpo, que por vosotros será entregado: haced esto en memoria de mí. Y de la misma manera el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz es el nuevo testamento, en mi Sangre. Haced esto, cuantas veces lo bebiéreis, en memoria de mí. Pues todas las veces que comiereis este pan y bebieréis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que venga. Por tanto, cualquiera que comiere este pan o bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Así pues, examínese a sí mismo el hombre: y entonces coma de aquel pan y beba de aquel cáliz. Porque quien lo come y bebe indignamente, se traga y bebe su propia condenación: por no hacer discernimiento del Cuerpo del Señor.

Gradual

En tí, Señor, fijan sus ojos todas las criaturas esperando socorro, y tu les das a su tiempo el alimento propio — Abres tu mano: y colmas de bendiciones a todos los vivientes Alleluia, alleluia. Mi Carne verdaderamente es comida, y mi Sangre verdaderamente es bebida: el que come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí, y yo en él. Alleluia.

Evangelio

Evangelio según San Juan. (Cap. VI).

En aquel tiempo: Dijo Jesús a la muchedumbre de los judíos Mi Carne verdaderamente es comida y mi Sangre verdaderamente es bebida. El que come mi Carne y bebe mi Sangre mora en mí, y yo vivo en él. Así como el Padre que me ha enviado, vive, y yo vivó por el Padre: así quien me come, también él vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo. No le sucederá como a vuestros padres, que comieron el maná, y no obstante murieron. El que come este pan vivirá eternamente.

Ofertorio

Los sacerdotes del Señor ofrecen a Dios, incienso y panes; y por tanto se conservarán en santidad para con su Dios, y no profanarán su nombre.

Secreta

Suplicámoste, Señor, que concedas propicio a tu Iglesia, los bienes de la unidad y de la paz que bajo los dones que ofrecemos, están, místicamente, representados. Por nuestro Señor Jesucristo, Hijo tuyo, que como Dios vive y reina contigo, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén

Prefacio

Verdaderamente es digno y justo, debido y saludable que en todo tiempo y lugar te demos gracias, Señor santo, Padre Todopoderoso, Dios eterno. Pues por el misterio de la Encarnación del Verbo, ha brillado a los ojos de nuestra alma un nuevo resplandor de tu gloria: para que conociendo a Dios, en forma visible, seamos atraídos por Él, al

amor de las cosas invisibles. Y por tanto con los Ángeles y Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con toda la milicia del ejército celestial, cantamos un himno a tu gloria diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos. Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria. Hosanna en las alturas Bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Hosanna en las alturas.

Comunión

Todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que venga: de manera que cualquiera que comiese este pan, o bebiese el cáliz del Señor, indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor.

Postcomunión

Rogámoste, Señor, nos concedas saciarnos en el goce sempiterno de tu divinidad, el cual se nos representa anticipadamente por la recepción temporal de tu precioso Cuerpo y Sangre; Señor, que como Dios vives y reinas con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo: por todos los siglos de los siglos Amén.



ÍNDICE

| | <u>Páginas</u> |
|--|----------------|
| Al Lector | 3 |
| LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA CONTEMPLANDO EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO: Afectos para el día precedente | 5 |
| Preparación para la Comunión | 7 |
| Acción de gracias | 13 |
| Oraciones indulgenciadas | 21 |
| Ordinario de la Santa Misa | 23 |
| Misa de la Natividad del Señor | 46 |
| Id. del Santísimo Sacramento | 50 |



Del mismo autor:

EN PRENSA.

Novena a Nuestra Señora de Monte Toro

Gloriosa Reina de Menorca

*Precedida de algunas noticias históricas
sobre su Imagen y Santuario.*

Aprobada e indulgenciada por el Excelentísimo e Ilustrísimo señor Obispo de la Diócesis, y hermosamente editada en forma manual, saldrá próximamente a luz esta *Novena*, con el fin de fomentar tan simpática devoción entre los menorquines, y se expenderá en el Santuario y Librerías de la Isla.

